

LUGAR E IDENTIDAD

EL TERRITORIO INTERSTICIAL DE LO COTIDIANO

Leonardo Seguel Briones¹

INTRODUCCION

Quizás la palabra *urbano* sea una de las más escritas y recurrentes en el extenso análisis sociológico e histórico de la cultura gregaria universal. Junto con ella, el concepto de *espacio*, que aun estando preferentemente presente, e indistintamente ligado a todas las disciplinas del saber, donde va tomando diversas connotaciones, su neutralidad elemental no alcanza a atrapar ni a registrar la complejidad de la vida en la ciudad.

Pero hay una palabra entredicha, que casi siempre queda en la imprecisión de lo tácito, que muchas veces se nos escapa en su significación, al parecer, por el amplio contenido que encierra. Es la palabra *lugar* que al pronunciarse ilumina un escenario integral; una región que nos convoca incansablemente y que no podemos soslayar. La vida entera, en todas sus escalas y en su temporalidad está inexorablemente referida al lugar. El mundo es ya un lugar en el universo. Y donde el lugar está, Es y solo somos en él. Y a través de él, en el tiempo. El pasado es imposible sin la evocación del lugar. El futuro es el lugar que imaginamos. Esta condición le confiere una importancia gravitante al tema de la identidad.

La permanente reflexión en torno a lo que se está entendiendo por el concepto de *lugar* y de las variables que se consideran para concebir su existencia y caracterización, es un imperativo que cada vez exige ir mucho más allá de la aparentemente lógica e inmediata connotación geográfica e histórica y de las implicancias climáticas y geomorfológicas que habitualmente se citan para definirlo. Por supuesto, estos siguen siendo factores claves para comprender su constitución física dentro de un contexto específico, pero son absolutamente insuficientes para una visualización más integral y nítida de su presencia, contenido e imagen; toda vez que una avasallante e irreversible planetización - a través de una incontrolada y veloz expansión cibernética de medios masivos de comunicación - permea y atraviesa todos los territorios, haciendo estallar sus frágiles límites; desvaneciendo sus genuinas y sutiles diferencias y creando inevitables escenarios intercontextuales. Estos nuevos escenarios, al no estar conscientemente articulados entre sí, empobrecen el desarrollo y necesario fortalecimiento de la cultura local, homogeneizando los lugares e ilusamente haciéndonos dudar de su existencia real como experiencia vivencial sensitiva.

Esta realidad ha provocado la sensación de estar viviendo en un mundo más virtual e indistinto y junto con ello, ha ido generando complejos y progresivos fenómenos de crisis identitaria, desarraigo urbano y finalmente desintegración social.

Estos problemas requieren una profunda y amplia concepción y representación de lugaridad; que acoja las manifestaciones de la vida real y sea coherente con el carácter que va adquiriendo el orden urbano y la vida cotidiana y comunitaria presente en la ciudad. Lamentablemente la lugaridad se extingue, en la indiferencia de una lógica individualista impuesta por el modelo neoliberal de mercado global que nos rige. El dinero es, en esta lógica, el único valor y argumento que reconocemos como válido y a él subyugamos todas las manifestaciones de la cultura, la vida urbana, la arquitectura, la música, la literatura, etc.; reduciéndolas y transformándolas en un mero producto de transacción, beneficio económico y consumo.

Cuando estamos en una era de configuración de hegemónicos bloques económicos y de tratados de libre comercio - los cuales no siempre son tan justos ni tan libres - se hace más necesario que nunca explorar microscópicamente nuestra realidad existencial; para que, a través de una aguda mirada propia, la visualicemos y así descubramos sus invariantes y sus leyes; para protegerla y potenciarla como valor cultural intrínseco y así contrarrestar el poderoso e inevitable germen de homogeneización que conllevan estos pactos que atentan contra la cotidianidad local. Más aun, cuando una permanente historia de transculturización latinoamericana no ha sido suficiente ni correctamente interpretada y conceptualizada como para iluminar la creación de una producción espacial que, tanto urbana, como arquitectónicamente traduzca y registre los continuos procesos de interrupción y mezcla cultural, de mimesis e hibridez, haciéndola así más fiel y legítima respecto a su ignorado contexto.

SENTIDO DE LUGAR

Pero este fenómeno de crisis cultural - identitario, que tiene efecto de boomerang y que afecta fundamentalmente a la lugaridad de las ciudades, por supuesto no afecta a todas por igual. Para ciertas naciones desarrolladas este proceso — que tiene como objetivo primordial el beneficio económico — solo significa tolerar la influencia

1 Arquitecto. Profesor Departamento Diseño y Teoría de la Arquitectura. Universidad del Bío-Bío, Concepción. Visiting Fellow Latin American Studies Program. Cornell University, Ithaca, N.Y. e-mail: lseguel@ubiobio.cl



Valparaíso y su encuentro con los cerros.

de otras culturas. Para las naciones más débiles y dependientes en cambio, significa la destrucción total de los finos filamentos que estarían dando coherencia a una cultura cotidiana subyacente y con esto, la pérdida irreversible de su memoria colectiva.

El fenómeno de occidentalización de la milenaria cultura japonesa, es el más nítido y paradigmático ejemplo de un triste e indeseado proceso de pérdida del sentido de lugar y de identidad, que vino a empobrecer la diversidad universal. Kanizaki, en su libro *El Elogio de la Sombra*, da cuenta, dramática y poéticamente de la destrucción de sutiles cualidades culturales que estaban presentes en su vida cotidiana y que le otorgaban el sentido y soporte de su espíritu. Todo el misterio y la profundidad que poseía la atmósfera espacial de los lugares donde se desenvolvía la vida diaria, se desvaneció para siempre al ignorar y no saber valorar una cierta condición luminosa clave que entregaba la penumbra; la cual fue interrumpida y cegada por una brutal y cruda luz que nada sabía de una cultura que vivía solemnemente alucinada, sumergida en las enigmáticas sombras de las mansiones, de los teatros, del pabellón del té. Y junto con esto, se deshizo un universo lleno de magia y sabiduría, del cual hoy solo quedan fragmentos, pálidos reflejos, como ecos erráticos de ritos maravillosos que un día habitaron las tinieblas y que ahora, sin refugio se

pierden en la orgía de luz, entre el absurdo y ajeno cemento y el transparente cristal de Kioto. "A nosotros nos gusta esa claridad tenue, hecha de luz exterior y de apariencia incierta, atrapada en la superficie de las paredes de color crepuscular y que conserva apenas un último resto de vida. Para nosotros, esa claridad sobre una pared, o más bien esa penumbra, vale por todos los adornos del mundo y su visión no nos cansa jamás". (J. Tanizaki, 1994). Atrás quedó la pátina de los metales; el aterciopelado y blando papel hosho, los trajes de Kabuki, los candelabros; el hechizo de la belleza fantasmal de sus mujeres en la difusa luz, el brillo del oro en lo oscuro.

Esa precaria y sensible luz que flotaba aparentemente incierta e insignificante, inundando de serenidad atemporal los lugares de un Japón ya desaparecido, era, ni más ni menos, el fino filamento que daba consistencia a toda una cultura translúcida y velada, que al no saber resistir la tentación de imitar casi inconscientemente la luz de Occidente, traicionó su propia historia e identidad cultural, renunciando con esto a su digna, coherente y natural evolución.

DEFENSA DE LUGAR

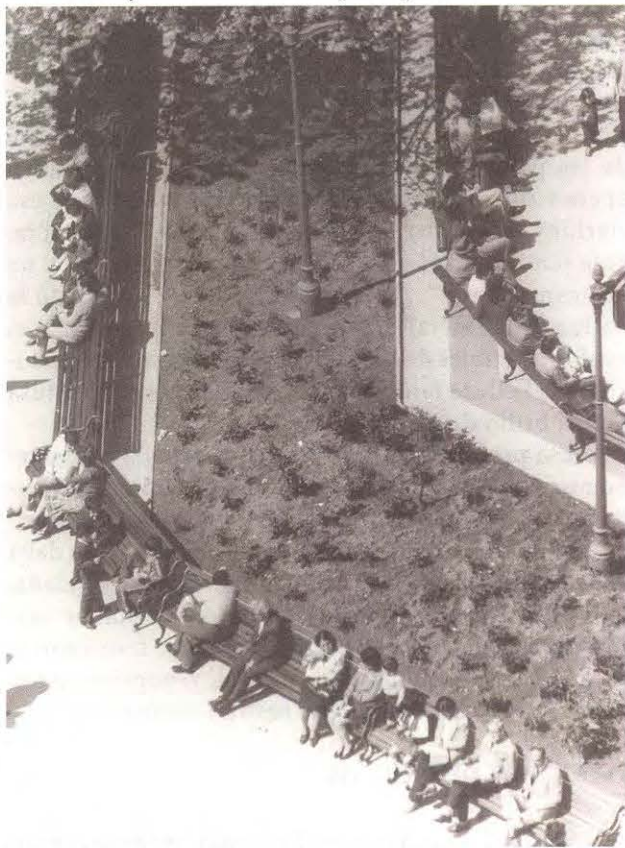
Si a toda esta controvertida realidad cultural agregamos el injusto hecho histórico de prevalencia dominante del

concepto de espacio por sobre el de lugar, llegando a fines del siglo XVIII a su casi total exclusión como concepto filosófico, podremos comprender la vigencia del pensamiento de Heidegger respecto al lugar. Su pensamiento nos ilumina para visualizar la importancia del concepto de lugar y el sentido de *habitar en él*; y a través de *habitar lo desde siempre habitual*, comprender la existencia de nuestro ser sobre la tierra. Porque en definitiva, uno vive y habita en lugares. El hombre *es* en el lugar. El lugar es el que permite que se reúna, congregue, le dé morada y unidad a lo esencial de la tierra, el cielo, lo divino y lo humano. Habitar significa cuidar esa unidad, aceptarla, sin alterar la manera en que da morada y que hace que aparezca el lugar como tal. "Las cosas, que de este modo son lugares, proporcionan distintamente espacios". "Por eso reciben los espacios su esencia de los lugares y *no* del espacio". (Heidegger, 1951). Solo a través de la esencia del lugar "en lo que ya está" podemos comprender la presencia del espacio encuadrado y determinado por este.

Este Ser, este "modo como tú eres y como yo soy" (Heidegger, 1951) que no ha sido lo suficientemente meditado ni respetado y que reside en el verdadero habitar el lugar; tiene trascendencia cultural y fundamenta la diferencia en ese permanecer específico.

UN LUGAR INTERSTICIAL

Esta actual vorágine de milagrosa tecnología de la virtualidad y de la informática que supuestamente nos ten-



Plaza de Armas Concepción, lugar cotidiano de lo intersticial.

dría más comunicados e integrados, pero que en realidad nos va dejando cada vez más solos y que, si bien es cierto, nos devuelve la percepción de una lugaridad menos material, quizás más virtual y metafísica; de todas maneras no nos deja exentos de seguir habitando con nuestra existencia física y espiritual a cuestas, en un lugar específico, real e insustituible. Bordieu, refiriéndose a las odiosas desigualdades urbanas, nos recuerda que "En tanto cuerpos (e individuos biológicos), los seres humanos están, en el mismo concepto que las cosas, situados en un lugar (no están dotados de la ubicuidad que les permitiría estar en varios a la vez) y ocupan un sitio" (P. Bordieu, 1999). Sin embargo, este *tener lugar*, esta lugaridad despreciada ha ido alojando silenciosamente en su seno una realidad asombrosa que tiene magia por sí misma, y que no ha sido necesario suscitar por artificio alguno; pero que ante nuestros ojos ha pasado desapercibida, haciéndose casi invisible: es la existencia de un *cotidiano intersticial* que escurre sigilosamente a través del *vacío*. Es la fisura, tanto espacial como conceptual, que ha ido dejando los fragmentos arquitectónicos y culturales de dudosas identidades y diferencias por nosotros mismos establecidas a través de un continuo proceso de traslado, adopción y mimesis de órdenes y estilos de vida - extraídos de diversos contextos y temporalidades ajenas - y que constituyen la caleidoscópica imagen de la ciudad oficial que habitamos.

El origen de este cotidiano intersticial es paradójal y contradictorio, porque ese mismo patológico afán de querer ser iguales o distintos de los otros, negándonos a nosotros mismos, finalmente es un proceso que nos devuelve en forma subconsciente e inesperada y como un regalo, la esencia de lo que realmente somos y que ignoramos. La ausencia de lugares públicos que reconozcan y acojan la auténtica vida colectiva de una ciudad real paralela a la ciudad oficial, ha creado un *acontecer cotidiano* que va *orillando* una arquitectura que nace despegada, indiferente e insensible a esta también aparentemente incierta existencia *intersticial*, por cierto, no registrada

En este territorio vacío como si fuera un verdadero "hoyo negro", como otra dimensión de la realidad que se abre espontáneamente en medio de la atmósfera enrarecida y ambigua de la ciudad oficial, se desliza entre culturas la vida cotidiana informal que va generando el sincretismo y la *mezcla híbrida e impura* que nos particulariza y que más fielmente nos refleja, pero que por un trauma histórico - que no nos permite aceptar que, tanto étnica como culturalmente somos mestizos - estaríamos impedidos de concebir como el posible fundamento y sustrato de una "otra" racionalidad alternativa a la racionalidad dominante que hoy rige nuestras rígidas conductas sociales en el habitar colectivo de la ciudad.

CARACTERÍSTICAS DEL COTIDIANO INTERSTICIAL

Esta lugaridad intersticial es *marginal*, pero es una marginalidad territorialmente no perisférica, ya que está enquistada en el centro mismo de la vida de la ciudad oficial

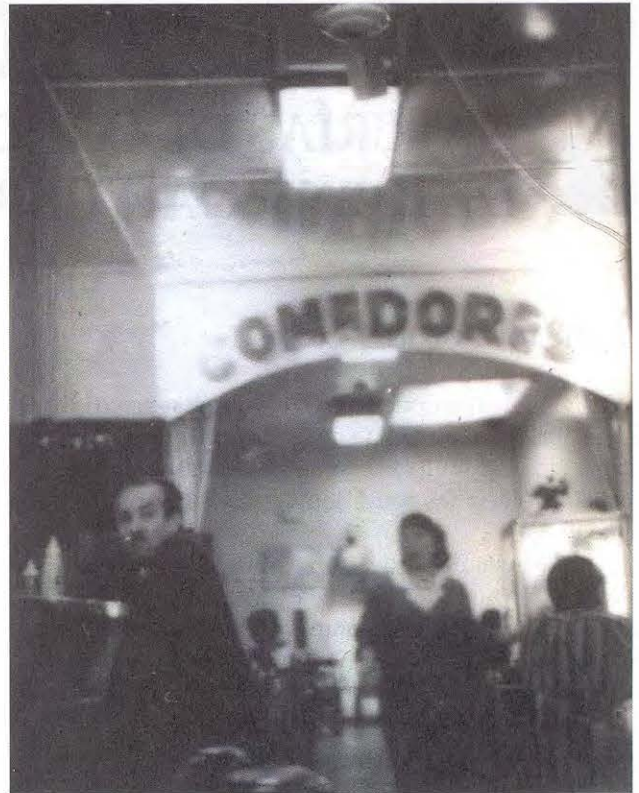
que la contiene, pero que *no* la reconoce formalmente. Aun sin asumirla en forma consciente, esta realidad supuestamente ilegítima le es imprescindible, ya que se constituye en los finos filamentos de una trama espacial urbana subyacente que le estaría dando coherencia y sentido cultural propio a los fragmentos escindidos que la componen, creando y articulando la presencia casi de una ciudad dentro de otra, como si fueran realidades paralelas ensambladas. Así se genera una segregación espacial no excluida que coexiste oculta y enmarañada con y entre la vida oficial.

Esta realidad intersticial no es fija ni estanca, sino dinámica y fugaz y tiene gran capacidad de cambio y movilidad porque está sometida a un permanente proceso de *metamorfosis* que le permite ir incorporando nuevos elementos, transformando y adaptando los *ritos urbanos* que se generan y vuelcan libremente en esta fisura.

Los *ritos urbanos* en referencia son los componentes del cotidiano intersticial que se incuban y se desprenden de los bordes de la ciudad oficial. Es el habitar de comportamientos urbanos no registrados, producto muchas veces de economías informales o del desborde de expresiones culturales espontáneas que le roban espacio al acontecer formal, apropiándose e irrumpiendo en el acontecer de las calles, las plazas, las galerías, los cafés, los templos, etc, caracterizando el lugar. Cuando sucede la noche y esta vida intersticial desaparece, nos recuerda que la ciudad tiene doble vida, que la ciudad real no existe y que la ciudad es otra: la otra que se desviste y muere insípida y sin huella de esa exuberante y barroca vida al margen que no reconoce.

El acontecer intersticial tiene diferentes categorías de *parasitariedad* respecto de los bordes que lo configuran. Estos bordes pueden ser de diversa naturaleza, pero en general están referidos al configurante construido de la arquitectura oficial (vacío o lleno) con su correspondiente acontecer. Su condición parasitaria depende de los grados de diferencia - similitud que manifieste, en función del acontecer formal. A mayor similitud entre el cotidiano intersticial y el acontecer formal, mayor parasitariedad. A mayor diferencia, menor parasitariedad. El espesor de nuestra vida cotidiana intersticial posee además, otras características, las cuales no son del caso seguir citando.

Quizás Heidegger nunca caminó por las calles de Chile y no tuvo noticia alguna de su lejana cotidianidad, pero el bello paradigma de su puente¹, que aclara la distinción y categoría entre espacio y *lugar*, trasciende las fronteras y nos ayuda a metaforizar nuestra realidad incomprendida. Así como ese puente, que al permitir al río su curso y otorgar a los mortales su camino, *crea lugar*; el puente aquí es el *corredor intersticial* que congrega las diferencias, funde los fragmentos culturales ajenos que son parte de nuestra identidad, abriendo lugar. Este es un lugar que enmarca un espacio intermedio, entre culturas, que reconoce y soporta el tránsito cambiante de nuestra vida cotidiana parásita, dejándola *ser* y evolucionar libre.



Restaurante Nuria, Concepción, hoy desaparecido.

Hacer nuevas lecturas de la realidad para descubrir otras dimensiones de la lugaridad amenazada y para permitir que la vida intersticial repercuta y deje su impronta en el carácter de la arquitectura y en los espacios de la convivencia comunitaria de nuestras ciudades, es un posible propósito para cuidar y promover la genuina cultura cotidiana y aprender a aceptarla y habitarla integralmente, con alegría y solidaridad. Para hacerlo posible, quizás sea necesario emprender el camino de las *utopías reflexivas y razonadas* que nos propone Bordieu y así no abandonar una causa, que en medio de este mundo enfermo de pragmatismo y desolación, a todas luces, nos parece perdida. Todo con tal de devolverle a la vida y a la ciudad su alma y el lugar del encanto que en algún momento extravió y que reclama; o quizás sea el anhelo de algo que nunca ha tenido.

BIBLIOGRAFIA

- BORDIEU, P. (1999). *La Miseria del Mundo*. B.Aires, Fondo de Cultura Económica de Argentina S.A., p. 119.
- CASEY, E. S. (1997). *The Fate of Place*. University of California Press. Printed in U.S.A.
- HEIDEGGER, M. (1951). *Construir-Habitar-Pensar*. Texto de la conferencia dictada en el Darmstadter Gespräch, p.146-176.
- TANIZAKI, J.(1994). *El Elogio de la Sombra*. Madrid, Ediciones Siruela S.A. , p.46.

1 Puente de Heidelberg, citado en Heidegger (1951)